

¿HIPÓLITO MILENARISTA? A PROPÓSITO DE *IN DANIELEM* IV, 56, 1-7¹

ANDRÉS MARTÍNEZ ESTEBAN

«Y vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y les fue otorgada potestad para juzgar; y vi las almas de los que habían sido decapitados con la segur por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y los que no habían adorado la bestia ni su imagen ni recibido su marca sobre la frente o sobre la mano; y vivieron y reinaron con Cristo durante mil años. Y los restantes de los muertos no vivieron, hasta que se hubieron cumplido los mil años. Ésta es la resurrección primera. Bienaventurado y santo el que tenga parte en esta resurrección primera, sobre estos no tendrá poder la segunda muerte, si no que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con Él durante mil años. (...). La muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. Este lago de fuego es la muerte segunda» (Ap 20, 4. 14).

El pasaje del Libro del Apocalipsis donde el Apóstol Juan habla del final de la historia y la manifestación en gloria del Hijo de hombre, provocó una gran polémica en la primera época del cristianismo. Si atendemos al testimonio de Justino, dentro de la Magna Iglesia había quienes veían en las palabras del Apóstol Juan una profecía sobre el reino futuro de los santos instaurado por Cristo en la tierra después de su manifestación gloriosa al final de la historia. Es lo que se conoce con el nombre de *milenario* o *quiliarismo*².

1. Las ediciones empleadas para este estudio son: *Comentarii in Daniele* (*In Dan.*), G. BARDY-M. LEFÈVRE, *Hippolyte. Commentaire sur Daniel*, SC 14, Paris 1947; *De Christo et Antichristo* (*De Antichr.*), E. NORELLI, *Ippolito. L'Anticristo*, Firenze 1987; *Benedictiones Moysis* (*Ben. Mos.*), M. BRIÈRE-L. MARIÈS-B.Ch. MERCIER, *Hippolyte de Rome. Sur les bénédictions d'Isaac, de Jacob et de Moïse*, «Patrologia Orientalis» 27, Paris 1954. Para las abreviaturas de la Sagrada Escritura utilizamos las empleadas en la Biblia de Jerusalén.

2. «Yo, por mi parte, y si hay algunos otros cristianos de recto sentir en todo, no sólo admitimos la futura resurrección de la carne, sino también mil años en Jerusalén, reconstruida, hermosea y dilatada como lo prometen Ezequiel, Isaías y los otros profetas»: JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 80, 5. Cfr. M. SIMONETTI, *Milenarismo*, en A. DI BERARDINO (ed.), *Diccionario Patristico y de la Antigüedad cristiana*, v. II, Salamanca 1992, pp. 1.442-1.443.

Los primeros datos que tenemos sobre la concepción milenarista en la Iglesia, provienen de Cerinto y Papías, según noticias de Eusebio de Cesarea e Ireneo de Lión³. El mismo Ireneo de Lión, siguiendo a los Presbíteros y al propio Papías, desarrolla en el Libro V del *Adversus haereses* una exégesis literal del Apocalipsis que le lleva a planteamientos milenaristas. El esquema fundamental de Ireneo sobre el milenio es: Resurrección íntegra en cuerpo y alma de los santos a un régimen de justicia, es el Milenio, «en el día de Sábado»; Resurrección de los malos, al finalizar los mil años y Juicio final; Perdición de los impíos y Salvación eterna de los justos⁴.

Ahora bien, la cuestión que aquí nos interesa es si un personaje como Hipólito de Roma se sitúa dentro de esta corriente milenarista⁵.

La opinión común, establecida hasta ahora, es considerar a Hipólito como un escritor que refleja ciertos rasgos quiliastas, pero sin un pensamiento milenarista propiamente dicho como se podría ver en autores anteriores a él, por ejemplo Justino o Ireneo⁶. Los investigadores

3. Cfr. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* III, 28, 2-4; IRENEO DE LIÓN, *Adversus haereses* V, 33, 4.

4. Cfr. IRENEO DE LIÓN, *Adversus haereses* V, 32-35; E. PRINZIVALLI, *Note sull'escatologia di Ippolito*, «Orpheus N.S.» 1 (1980) 306-308; A. ORBE, *San Ireneo y el régimen del milenio*, *St Miss* 32 (1983) 345-372; ID., *Teología de San Ireneo*, v. III, Toledo-Madrid 1988, p. 31.

5. Mucho se ha discutido sobre la identidad y la obra de Hipólito. El primero en poner en cuestión la opinión que consideraba la existencia de un sólo autor conocido bajo el nombre de Hipólito, fue P. Nautin que lanzó la teoría de dos autores distintos. Uno sería Hipólito y otro un tal Josipo. Cfr. P. NAUTIN, *Hippolyte et Josipe. Contribution à l'histoire de la littérature chrétienne du troisième siècle*, Paris 1947. A partir de la propuesta realizada por P. Nautin, se hicieron estudios sobre la identidad y las obras del autor o autores conocidos como Hipólito. Cfr. AA.VV., *Ricerche su Ippolito*, Roma 1977; AA.VV., *Nouve Ricerche su Ippolito*, Roma 1989; A. BRENT, *Hippolytus and the Roman Church in the Third Century. Communities in Tension before the Emergence of a Monarch-Bishop*, Leiden 1995.

Aquí no vamos a entrar en la polémica sobre Hipólito, sino que seguimos la teoría comúnmente aceptada de los dos Hipólito. Uno, el presbítero romano opositor al Papa Calixto y mártir, autor de la *Refutatio omnium haeresium*, el *Peri panthos* y la *Συναγωγὴ χρόνων*. El otro Hipólito, sería un obispo y escritor del Asia Menor autor del *Contra Noetum*, los *Capitula contra Caium* y de los comentarios exegéticos. Por tanto autor también del texto que aquí nos ocupa, el *Comentario al Libro de Daniel*. Cfr. M. SIMONETTI, *A modo di conclusione: Una ipotesi di lavoro*, en AA.VV., *Ricerche su Ippolito*, pp. 151-156; ID., *Aggiornamento su Ippolito*, en AA.VV., *Nouve Ricerche su Ippolito*, pp. 121-129; C. MORESCHINI-E. NORELLI, *Storia della letteratura cristiana antica greca e latina*, v. I, *Da Paolo all'età costantiniana*, Brescia 1995, pp. 344-356.

6. Cfr. A. DONINI, *Ippolito di Roma. Polemiche teologiche e controversie disciplinari nella Chiesa di Roma agli inizi del III secolo*, Roma 1925, pp. 107-108; M. SIMONETTI, *Il millenarismo in Oriente da Origene a Metodio*, en AA.VV., *Corona Gratiarum. Miscellanea Patristica, Historica et Liturgica Eligio Dekkers O.S.B. XII Lustra Completi Oblata I*, Brugge 1975, p. 39; ID., *Prospettive escatologiche della cristologia di Ippolito*, en *Éstratto da Bessarione*, n. 1, *La Cristologia nei Patri della Chiesa*, Roma 1979, pp. 93-96; E. PRINZIVALLI, *Note sull'escatologia di Ippolito*, «Orpheus N.S.» 1 (1980) 305-319; A. ZANI, *La Cristologia di Ippolito*, Brescia 1983, p. 635, n. 96.

basan su estudio fundamentalmente en: *De Antichristo* 5, *In Daniele* II, 13, 1-2; IV, 10, 2; y en IV, 23, 5, donde Hipólito habla del «reino celeste de los santos» que Cristo instaura el día de Sábado⁷. Sin embargo llama la atención que aquellos que han dedicado una especial atención al estudio del milenarismo en Hipólito hayan dejado escapar un pasaje del *Comentario al Libro de Daniel* donde se encuentra, a mi parecer, la clave de la comprensión de los textos de Hipólito arriba citados y donde se puede descubrir con cierta claridad una concepción milenarista en nuestro autor. Este pasaje es *In Daniele* IV, 56, 1-7, objeto del presente estudio. El texto dice así:

«Y muchos de los que dormían en la tumba de la tierra resucitarán, unos para la vida eterna, otros para el reproche y oprobio eterno, y los que comprenden brillarán como el brillo del firmamento, y muchos justos como las estrellas del cielo, por toda la eternidad y aún más» (Dn 12, 2-3). En efecto, ¿quiénes son los que duermen en la tumba de la tierra sino los cuerpos de los hombres que, asumiendo las propias almas, resucitarán: unos para resurrección de vida (cfr. Jn 5, 29), en posesión de cuerpos puros, brillantes y resplandecientes, como el brillo del firmamento; pero otros para una resurrección de juicio, con cuerpos sólo aptos para el castigo eterno. [Como también dice Juan: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera” (Ap 20, 6). Esto dice, no como de dos resurrecciones, sino porque entre los resucitados, unos resucitarán para la vida eterna, en cambio otros para vergüenza y castigo eterno. El bienaventurado Juan alude (a la resurrección única) de justos y pecadores. “Sobre éstos (los justos) la segunda muerte no tiene ningún poder” (Ap 20, 6). En efecto, “la muerte segunda es el estanque de fuego abrasador” (Ap 20, 14)]⁸. Como dice San Pablo: “El hombre se salvará como a través de un fuego” (1 Co 3, 15). Y el Señor en el Evangelio también: “Entonces los justos brillarán como el sol” (Mt 13, 43) que brilla en su gloria. E Isaías dice: “Despierta tú que duermes y resucita de entre los muertos, y el Cristo te iluminará” (Ef 5, 14)⁹. Y el Señor de nuevo: “En verdad os digo a vosotros: Viene la hora y es ahora, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios. Y resucitarán los que hicieron el bien para la resurrección de la vida, pero los que hicieron el mal para la resurrección del juicio” (Jn 5, 25-29). Unos,

7. «El Sábado es tipo e imagen del reino futuro de los santos, cuando reinen juntamente con Cristo cuando venga del cielo, como dice Juan en el Apocalipsis. Pues el día del Señor es como mil años»: *In Dan.* IV, 23, 5, pp. 306, 22-26. Cfr. M. SIMONETTI, *Il millenarismo in Oriente da Origene a Metodio*, en AA.VV., *Corona Gratiarum. Miscellanea Patristica, Historica et Liturgica Eligio Dekkers O.S.B. XII Lustra Completi Oblata* I, p. 39, n. 3; E. PRINZIVALLI, *Note sull'escatologia di Ippolito*, «Orpheus N.S.» 1 (1980) 309-319.

8. Adición del Manuscrito del *In Daniele* conservado en el Monasterio de los Meteoros. Cfr. C. DIOBOUTIS, *Hippolyts Danielcommentar in Handschrift Nr. 373 des Meteoronklosters*, TU 38, 1, Leipzig 1911, 56.

9. Cfr. G. BARDY-M. LEFÈVRE, *Hippolyte. Commentaire sur Daniel*, Paris 19, p. 377, n. 3.

dice, resucitarán para la vida, los que han creído en la Vida verdadera y han sido inscritos en el Libro de la vida; y los otros resucitarán para el reproche y el oprobio eterno, los que tienen parte con el Anticristo y con él son arrojados al fuego eterno. Sobre éste profetizó Isaías diciendo: “Lo mismo que un manto manchado de sangre no es puro, tampoco tú serás puro porque has devastado mi tierra y has masacrado a mi pueblo. No sobrevivirás eternamente, semilla perversa. Preparas a tus hijos para el degüello por causa de los pecados de tu padre, para que no resuciten y hereden mi tierra” (Is 14, 19-21)»¹⁰.

Hipólito comenta Dn 12, 2-3, donde el profeta habla de la promesa de la resurrección de aquellos que han sufrido bajo el poder de un rey tirano que se levantó contra todo Dios y todo rey (cfr. Dn 11, 21s.). Este rey está simbolizado por el cuerno pequeño que el profeta Daniel ve aparecer en la cuarta bestia que sale del mar (cfr. Dn 7, 7-8). Una bestia terrible y temible con diez cuernos que representan diez reinos que surgen de ésta (cfr. Dn 7, 23-25). Hipólito ve en la cuarta bestia la imagen del Imperio romano que sucede en el tiempo al reino de los griegos, y gobierna actualmente en el tiempo de nuestro autor. De esta bestia salen diez cuernos y de éstos surge un cuerno más pequeño que representa al Anticristo¹¹. A éste le será entregado el poder y hará la guerra a los santos del Altísimo. Buscará la forma de ser adorado por todos los hombres como si él mismo fuera Dios y establecerá una alianza con judíos y gentiles para perseguir a la Iglesia. Reconstruirá la ciudad de Jerusalén y devolverá todo el país a los judíos que doblarán la rodilla ante él, pensando que es el Mesías. Y obrará grandes prodigios durante un tiempo, hasta la manifestación gloriosa de Cristo¹². Entonces «muchos de los que dormían en la tumba de la tierra resucitarán, unos para la vida eterna, otros para el reproche y el oprobio eterno y los que comprenden brillarán como el brillo del firmamento, y muchos justos como las estrellas del cielo, por todo la eternidad y aún más» (Dn 12, 2-3).

Hipólito comienza su exégesis a este pasaje de Daniel afirmando que «los que duermen en la tumba de la tierra» son los cuerpos de los hombres (τὰ τῶν ἀνθρώπων σώματα) que asumirán la propia

10. *In Dan.* IV, 57, 1-7, pp. 374, 17-376, 23.

11. «Pues así como el profeta predijo sobre el leopardo que “tendría cuatro cabezas” (cfr. Dn 7, 6) y sucedió, y el reino de Alejandro fue dividido entre sus cuatro principales. Del mismo modo es necesario aguardar hasta que se levanten los diez cuernos de ésta, cuando el tiempo de la bestia se cumpla, y el cuerno pequeño, que es el Anticristo, aparezca en éstos de forma súbita, y la justicia sea suprimida de la tierra y todo el cosmos llegue a su fin»: *In Dan.* IV, 5, 3, p. 270, 9-17. Cfr. *ibid.*, IV, 12, 4, p. 286, 10-12.

12. Cfr. *In Dan.* IV, 49, 1-7, pp. 362, 22-364, 27; IV, 12, 4-7, p. 286, 12-26; IV, 54, 2-3, p. 372, 12-24; *De Antichr.* 25, 3; 53; 57, 1-2.

alma en el momento de la resurrección. Ahora bien, al hablar de la resurrección de los muertos afirma que «unos (resucitarán) para resurrección de vida, en posesión de cuerpos puros, brillantes y resplandecientes como el brillo del firmamento; pero otros para una resurrección de juicio, con cuerpos sólo aptos para el castigo eterno». Distingue entre la resurrección de aquellos que están destinados a la vida y aquellos otros que resucitarán para el castigo eterno. Hipólito se apoya para ello en Jn 5, 29 donde se habla de una doble resurrección, la resurrección para la vida y la resurrección para el juicio. Sin embargo, nuestro autor no sólo habla de una doble resurrección, sino que distingue también los cuerpos con los que los hombres resucitarán. Aquellos que están destinados a la vida asumirán un cuerpo «puro, brillante y resplandeciente», pero los que están destinados a la reprobación resucitarán con un cuerpo apto para el castigo eterno. ¿Cuál es la diferencia? La distinción entre los que están destinados a la vida y los que están destinados al fuego eterno reside precisamente en que el cuerpo de los primeros es «brillante, puro y resplandeciente» (καθαρόν καὶ διαυγές καὶ λάμπηδός), es decir, nuestro autor habla de los cuerpos resucitados para la vida empleando los mismo términos que usa para hablar del cuerpo resucitado de Cristo¹³. Por tanto, parece claro que Hipólito, al distinguir los cuerpos de los que resucitarán para la vida y los cuerpos de aquellos que resucitarán para el reproche, habla de dos resurrecciones. Sin embargo surge la cuestión: en el pensamiento de Hipólito ¿estas dos resurrecciones se realizarán en el mismo momento o, por el contrario, será primero la resurrección de los que reinarán con Cristo mil años y luego la resurrección para el juicio? Aquí es donde se centra el debate sobre la posible concepción milenarista de nuestro autor.

El manuscrito del *In Daniele* conservado en el monasterio de los Meteoros introduce una variante respecto a los otros manuscritos. Esta variante comienza citando Ap 20, 6: «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera», y termina aludiendo al mismo pasaje del Apocalipsis y a Ap 20, 14: «Este lago de fuego es la muerte segunda». Entre uno y otro pasaje el copista introduce un comentario claramente antimilenarista que explica Ap 20, 6, como si el Apóstol Juan hablara de una única resurrección y no de dos. El autor del Apo-

13. En un pasaje que durante mucho tiempo ha sido considerado de Ireneo y que P. Nautin ha restablecido a nuestro autor, afirma cuando habla del Cristo glorioso: «En efecto, de la misma forma que el arca había sido rodeada de oro por dentro y por fuera (cfr. Ex 25, 11), así también el cuerpo de Cristo era puro y resplandeciente (τὸ τοῦ Χριστοῦ σῶμα καθαρόν ἦν καὶ διαυγές) adornado por dentro con el Logos y protegido por fuera con el Espíritu, para que por un lado y por otro apareciera su esplendor»: P. NAUTIN, *Le dossier d'Hippolyte et de Meliton dans les florilèges dogmatiques et chez les historiens modernes*, Paris 1953, pp. 34-40.

calipsis habla, según el copista, de una única resurrección en la que unos resucitarán para participar de la vida eterna mientras que otros irán al castigo eterno. El comentario que hace el copista del *In Danielelem*, busca claramente explicar el pensamiento sobre la doble resurrección en Hipólito al margen de posibles interpretaciones milenaristas que podrían surgir tanto a raíz del pasaje de Ap 20, 6. 14, como de aquellas que se podrían derivar de la lectura que Hipólito hace a dicho texto¹⁴.

Ahora bien, ¿no sería posible que en la adición que introduce el Manuscrito de los Meteoros las citas de Ap 20, 6. 14 estuvieran en el original del texto? Pues sólo desde estos dos pasajes podemos comprender adecuadamente las palabras anteriores de Hipólito. De ser así el pasaje se leería:

«Unos (resucitarán) para resurrección de vida, en posesión de cuerpos puros, brillantes y resplandecientes; pero otros para una resurrección de juicio, con cuerpos sólo aptos para el castigo eterno. Como también dice Juan: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera” (Ap 20, 6). [Adición del Manuscrito de los Meteoros]. “Sobre éstos la segunda muerte no tiene poder” (Ap 20, 6). Porque “la muerte segunda es el estanque de fuego abrasador” (Ap 20, 14)».

De esta forma el pasaje de Ap 20, 6 aparecería formando una unidad y no, como lo presenta el copista de los Meteoros, separadas las dos partes del v. 6. La adición que introduce el copista se entiende mejor si este texto del Apocalipsis estuviera ya en el manuscrito que está copiando, pues de otra forma la adición que introduce el copista sería innecesaria. A esto debemos añadir que existe un paralelo de este texto en una obra anterior de Hipólito, en el *De Christo et Antichristo*, donde el copista ha introducido esta misma variante precisamente después de que Hipólito ha citado Ap 20, 6:

14. Así lo ha puesto de manifiesto A. Orbe a propósito de un texto de Ireneo de Lión, *Adversus haereses* V, 36, 3, donde el traductor de la versión armenia ha introducido una variante respecto del texto latino: «La doctrina de las dos anastasis —resurrección de vida y resurrección de juicio— desde muy pronto se prestó a interpretaciones antagónicas: una, contraria al quiliasmo; y otra, favorable a él. Esto debió tentar a más de un escriba para corregir el texto, o parafrasearlo como dudoso, trayéndole a su modo de entender. Así el MSS de los Meteoros de Hipólito (*In Danielelem* IV, 56, 2) agrega —a propósito de la resurrección de vida— unas líneas que previenen al lector contra el quiliasmo. Al paso que la versión armenia de Ireneo, en nuestro lugar (V, 36, 3, 55), añade unas líneas en torno a las dos resurrecciones: con referencia a Joh 5, 29 de un lado, y a Gen 1, 31-2, 1 de otro. En el caso de Hipólito se echa de ver el artificio. En el de Ireneo las líneas, sin estar imperadas por el contexto, tampoco desentonan de él»: A. ORBE, *Teología de San Ireneo*, v. III, Toledo-Madrid 1988, p. 617.

De Antichristo 65, 2

Ἰωάννης δὲ λέγει. μακάριος καὶ ἄγιος ὁ μέρος ἐν τῇ ἀναστάσει τῇ πρώτῃ (Ap 20, 6). [τοῦτο λέγει οὐχὶ ὡς δύο ἀναστάσεις, ἀλλ' ὅτι τῶν ἀνισταμένων οἱ μὲν εἰς ζωὴν αἰώνιον, οἱ δὲ εἰς αἰσχύνην καὶ κόλασιν αἰώνιον ἀνίστανται. Δικαίων τοίνυν καὶ ἁμαρτωλῶν αἰνίττεται ὁ μακάριος Ἰωάννης]¹⁵. ἐπὶ τούτων ὁ δεύτερος θάνατος οὐκ ἔχει ἐχουσίαν (Ap 20, 6). ὁ γὰρ δεύτερος

θάνατός ἐστιν ἡ λίμνη τοῦ πυρὸς τοῦ καιομένου (Ap 20, 14)¹⁶.

In Daniele IV, 56, 1-7. Ms. Meteoros

Καθὼς καὶ Ἰωάννης λέγει. μακάριος καὶ ἄγιος ὁ ἔχων μέρος ἐν τῇ ἀναστάσει τῇ πρώτῃ (Ap 20, 6). τοῦτο λέγει οὐχὶ ὡς δύο ἀναστάσεις, ἀλλ' ὅτι τῶν ἀνισταμένων οἱ μὲν εἰς ζωὴν αἰώνιον, οἱ δὲ εἰς αἰσχύνην καὶ κόλασιν αἰώνιον ἀνίστανται. Δικαίων τοίνυν καὶ ἁμαρτωλῶν αἰνίττεται ὁ μακάριος Ἰωάννης. ἐπὶ τούτων ὁ

Como se puede comprobar uno y otro texto son paralelos. Es más, el pasaje citado del *De Christo et Antichristo* comienza con Dn 12, 2, es decir, que Hipólito sitúa uno y otro pasaje en un mismo contexto por lo que no extrañaría, como decíamos antes, que los pasaje de Ap 20, 6 y Ap 20, 14 citados en la adición de los Meteoros del *In Daniele* pertenezcan al original del texto. Así se entiende que Hipólito hable de dos resurrecciones que se realizan en momentos distintos: primero la resurrección de los justos cuando Cristo glorioso se manifiesta e instaure el reino de los santos que durará mil años; en segundo lugar la resurrección para el juicio. Los que participan de la primera resurrección son aquellos que han sido probados en la persecución y han sido juzgados dignos de la inmortalidad, como dice el mismo Hipólito al introducir la cita del Apóstol Pablo: «El hombre se salvará como a través de un fuego» (1 Co 3, 15). Éstos ya no tendrán parte en la muerte segunda, sino que se sentarán con Cristo para juzgar al término de los mil años¹⁷.

15. Adición del Manuscrito del Monasterio de los Meteoros anotada en la edición de E. NORELLI, *Ippolito. L'Anticristo*, p. 150, 65, 2. La misma variante presenta la versión eslava anotada por H. ACHELIS, *Hippolyt's kleinere exegetische und homiletische Schriften*, GCS, Hippolytus Werke I/2, p. 45, 13.

16. «Juan dice: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera” [esto dice, no como de dos resurrecciones, sino porque entre los resucitados, unos resucitarán para la vida eterna, en cambio otros para vergüenza y castigo eterno. El bienaventurado Juan alude (a la resurrección única) de justos y pecadores]. “Sobre éstos la muerte segunda no tiene ningún poder” (Ap 20, 6). En efecto, “la muerte segunda es el estanque de fuego abrasador” (Ap 20, 14)»: *De Antichr.* 65, 2, p. 150.

17. Dos textos muy significativos del *In Daniele* confirman esto mismo. El primero de ellos se sitúa en un contexto en el que Hipólito está hablando del Bautismo dice: «¿Cuál es “el día adecuado” sino el de la Pascua? En el que se prepara “el baño” en el Jardín para los que serán consumidos por el fuego, y la Iglesia, lavada como Susana, se presenta ante Dios como la Esposa joven y pura»: *In Dan.* I, 16, 2, p. 100, 1-4. Y el segundo mucho más significativo, cuando habla de los cristianos que han sufrido el martirio añade: «Así pues, que ore, el que por el Nombre es llevado ante los tribunales, para salir de este mundo con cualquier forma de martirio; éste no será juzgado de ningún modo, sino que juzgará y tendrá parte en “la primera resurrección” (Ap 20, 5)»: *In Dan.* II, 37, 4, pp. 188, 19-190, 3.

A continuación Hipólito acumula textos dispuestos de una forma que llama la atención, ya que presenta dos pasajes del Nuevo Testamento donde habla de los justos que han resucitado. Y por último recurre de nuevo a Jn 5, 25-29 y cita Is 14, 19-21, donde se habla de la condena del Anticristo y los suyos. En primer lugar cita Mt 13, 43: «Entonces los justos brillarán como el sol que brilla en su gloria (ὥς ὁ ἥλιος φαίνει ἐν τῇ δόξῃ αὐτοῦ)». Aquí nuestro autor omite las palabras últimas del texto evangélico que dice: «Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (ὥς ὁ ἥλιος ἐν τῇ βασιλείᾳ τοῦ πατρὸς αὐτῶν)»; e introduce una variante: φαίνει ἐν τῇ δόξῃ αὐτοῦ. ¿Por qué omite Hipólito ἐν τῇ βασιλείᾳ τοῦ πατρὸς αὐτῶν? Puede ser o bien porque el texto que maneja aparece con esta variante; o bien porque Mt 13, 43 así citado le sirve para hablar del reino de Cristo, referido al milenio. Parece más bien que es lo segundo¹⁸. El pasaje evangélico se entiende a la luz de Ef 5, 14. El pasaje del Apóstol Pablo, citado por nuestro autor como Isaías, dice: «Despierta, tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y Cristo te iluminará». Habla a aquellos que serán iluminados por Cristo, es decir, aquellos que, resucitados, brillan como el brillo del firmamento no con luz propia, sino con aquella que proviene del Cristo glorioso, puro y resplandeciente, que ilumina a aquellos que están destinados a la vida.

A continuación Hipólito recurre de nuevo a Jn 5, 25-29, donde se distinguen las dos resurrecciones, aquella que es para la vida y de la que

Y en los fragmentos de los *Capita contra Caium* de Hipólito conservados por Dionysius Bar Salibi: «Quod iusti primum surgent, docet Zacharias: “Venit Dominus et omnes sancti cum eo” (Za 14, 5); Isaías: “Surgent mortui et suscitabuntur qui in sepulcris sunt” (Is 26, 19); et Paulus: “Mortui qui in Christo surgent primum” (1 Ts 4, 16). Et hac de re dicit Iohannes surrecturis interfectos primum in die illa gloriosa. Hanc vocat “resurrectio primam” (cfr. Ap 20, 5), non quod sit resurrectio secunda, sed de ordine iustorum docet, qui primi ingressuri sunt in regnum; ordo secundus illorum est qui repudiabuntur tamquam hoedi. Quidam dicunt omnes mortuos in uno ictu oculi resurrecturos unanimiter; sed iusti primum et postea scelesti. Sanctus Severus dixit quod scriptum est in Apocalypsi. “Beatus sanctus qui habet partem in resurrectione illa prima” (Ap 20, 6); h. e. non est resurrectio prima et secunda secundum tempus; una enim est resurrectio et unam diem assignavit Deus in iudicium, sed resurrectionem primam vocat, quia ordines priores et excellentiores ad eam pertinent, secundum illud: “Multae sunt mansiones domus Patris mei” (Jn 14, 2); si enim mansiones multae sunt, etiam ordines multi pariter, ita ut hic primus, alter secundus, ille tertius; et ordo primus est eorum qui vincti erant»: *Capita contra Caium*, en DIONYSIUS BAR SALIBI, *In Apocalypsim, Actus et Epistulas Catholicas* 20, 4-6, pp. 20, 30-21, 15. Cfr. P. PRIGENT, *Hippolyte, commentateur de l'Apocalypse*, ThZ 28 (1972) 404-407; A. ORBE, *Teología de San Ireneo*, v. III, pp. 446-447.

18. La variante que presenta aquí Mt 13, 43 no es como se podría pensar un añadido del propio Hipólito ya que éste cita este pasaje con la misma variante en *De Antichr.* 65, 2: «Y el Señor en el Evangelio también: “Entonces los justos brillarán como el sol que brilla en su gloria” (Mt 13, 43)». Por otra parte, ninguno de los manuscritos de texto evangélico atestiguan esta variante.

ha hablado al citar Mt 13, 43 y Ef 5, 14; y la resurrección para el Juicio de aquellos que se han unido al Anticristo y fueron arrojados con él al fuego (cfr. Ap 20, 14), según las palabras del profeta Isaías: «Lo mismo que un manto manchado de sangre no es puro, tampoco tú serás puro porque has devastado mi tierra y has masacrado a mi pueblo. No sobrevivirás eternamente, semilla perversa. Preparas a tus hijos para el degüello por causa de los pecados de tu padre, para que no resuciten y hereden mi tierra» (Is 14, 19-21). Pues Cristo, con su manifestación gloriosa en el día de Sábado, ata al Anticristo durante mil años hasta el momento en el que sea juzgado, como el mismo Señor había anunciado al curar, en sábado, a aquella mujer que durante dieciocho años el diablo había tenido atada (cfr. Lc 13, 14-16). El Salvador que entonces ató en su persona «al fuerte» (cfr. Mt 12, 29), esto es al diablo, ahora, al final de la historia cuando se inaugura el reino de los santos, encadena al Anticristo que había perseguido y atado a los creyentes:

«Como el mismo Señor dijo a los príncipes del pueblo, que se habían enojado viendo los milagros que realizaba en sábado, curando “todo mal y enfermedad” (Mt 4, 23), a éstos dijo: “Hipócritas, cada uno de vosotros, desata el buey y al asno del pesebre y lo lleva a beber. Pero a ésta que es hija de Abraham, a la que Satanás tenía atada desde hace dieciocho años, ¿no era necesario que fuera liberada en día de sábado?” (Lc 13, 14-16). En efecto, cuanto Satanás ató con trampa (βροχίσας)¹⁹, el Señor, al venir, los liberó de las cadenas de la muerte, él atando al que era fuerte respecto a nosotros y liberando a la humanidad, como también dice Isaías: “Entonces dijo a los que estaban encadenados: Soltaos. Y a los que están en la os-

19. Cfr. G.W.H. LAMPE, *A Patristic Greek Lexicon*, Oxford 1961, p. 305.

20. *In Dan.* IV, 33, 3-4, p. 330, 11-23. El mismo pensamiento aparece en el pasaje de los *Capita contra Caium*. Es muy significativo que aquí Hipólito cite Mt 12, 29: «¿Cómo puede uno entrar en casa del fuerte si primero no ata al fuerte?», unido a Ap 20, 2-6: «Illud “vinxit fortem” (Mt 12, 29) senum hunc habet: Redarguit et confudit eos qui non venerunt ad eum, cum venit adversus Calumniatorem., ut mundaret eos ab operatione eius eosque faceret filios Patri. Et hoc notum est eo quod postea dicit: “Qui non est mecum, contra me est, et qui non colligit mecum, omnino dispergit” (Mt 12, 30). Ergo in finem temporum ligabitur Calumniator et eiicietur in abyssum, cum veniet Dominus, quemadmodum dixit Isaías: “Auferetur impius, ne videat gloriam Domini” (Is 26, 19). Et numerus annorum non est numerum dierum, sed spatium diei unius gloriosi, perfecti, indicat, quod cum veniet rex in gloria cum occisis suis, lucebit creatura secundum illud: “Lucebit sol septuplum” (Is 30, 26), quando iusti cum eo comedent et bibent e vinea eius. “Haec est dies quam fecit Dominus” (Sal 117, 24), de ea dixit David. Ideo, cum adspexit Iohannes oculo spiritus splendorem huius diei, comparavit illum spatio mille annorum, secundum illud: “Una dies in saeculo iustorum sicut mille anni” (2 P 3, 8; cfr. Ap 20, 2). Et perfectum per numero ostendit hunc diem his qui credunt. Quod autem dicit: “Post mille annos solvetur et decipiet gentes” significat quod merito solvetur et in ignem mittetur et punietur [simul] cum his, qui antea congregati sunt cum eo, cum congregaret apud se alienos a regno et Gog et Magog»: *Capita contra Caium*, en DIONYSIUS BAR SALIBI, *In Apocalypsim, Actus et Epistulas Catholicas* 20, 2-3, pp. 19, 32-20, 21.

curidad: Sed iluminados” (Is 29, 11)»²⁰.

Así pues, con la manifestación gloriosa del Cristo al final de la historia se realiza la resurrección de aquellos que están inscritos en el Libro de la Vida y han de participar en el reino de los santos durante mil años. Desde aquí podemos entender de forma adecuada otros pasajes de Hipólito referidos al reino de Cristo como sucede con un texto donde Hipólito habla del reino de los justos a propósito del primer sueño de Nabucodonosor (cfr. Dn 2). Hipólito, después de explicar cada una de las partes de la estatua, afirma:

«Una piedra se desprendió de la montaña sin manos y destroza la imagen” (Dn 2, 34). Cuando el hierro esté mezclado con el barro y llegue hasta los extremos de los dedos, cuando los hombres lleguen a discrepar los unos de los otros, ¿qué es necesario aguardar sino al Cristo venido del cielo, como piedra cortada del monte para desbaratar los reinos de este mundo y erigir el reino celeste de los santos que “jamás será corrompido” (Dn 7, 14)?; que llega a ser el monte mismo y ciudad de los santos que “llena toda la tierra” (Dn 2, 35) (αὐτὸς ὄρος καὶ πόλις τῶν ἁγίων γινόμενος πληρῶν παῖσαν τὴν γῆν). Y por eso el bienaventurado Daniel decía: Y después del último de aquellos días, “el Dios del cielo levantará un reino, que no será destruido por los siglos y no pasará a otro pueblo” (Dn 2, 44)»²¹.

En la visión aparece una piedra arrancada del monte sin intervención humana que destroza y pulveriza la estatua (cfr. Dn 2, 34-35)²². La visión del rey se refiere, en exégesis de Hipólito, al final de la historia, «después del último de aquellos días», cuando el hierro esté mezclado con el barro, es decir, cuando el reino que es como el hierro, el Imperio romano, se haya dividido en otros diez reinos y los hombres no se pongan de acuerdo entre ellos, discrepen los unos de los otros, como el barro no puede estar unido con el hierro. Entonces una piedra, cortada de la montaña sin intervención humana, destruirá todos estos reinos que han gobernado sobre la tierra. Esta piedra no es sino el Cristo glorioso que viene del cielo para desbaratar a todos los reinos al final de la historia²³.

Hipólito afirma que el Cristo glorioso al destruir los reinos de este

21. *In Dan.* II, 13, 1-3, pp. 144, 28-146, 11.

22. Cfr. *In Dan.* II, 11, 9, p. 144, 8-12.

23. Cfr. *De Antichr.* 26, 1, pp. 94-96. El pasaje de Dn 2, 34-35, con frecuencia, ha sido interpretado con relación a la primera venida de Cristo. La piedra que, sin intervención de hombre, es arrancada de la montaña se referiría al nacimiento virginal del Verbo. Cfr. J.A. ALDAMA, *María en la patrística de los siglos I y II*, Madrid 1970, pp. 103-139; A. ORBE, *En torno a la Encarnación*, Santiago de Compostela 1985, pp. 121-123; ID., *Teología de San Ireneo*, v. III, p. 76-77; E. PRINZIVALLI, *Note sull'escatologia di Ippolito*, «Orpheus N. S.» 1 (1980) 311-313.

mundo instaurará en la tierra «el reino celeste de los santos» (τὴν ἐπουράνιον τῶν ἁγίων βασιλείας). En un primer momento extraña la expresión τὴν ἐπουράνιον βασιλείας en un autor en el que, como hemos visto antes, se deja sentir el pensamiento milenarista²⁴. Sin embargo tal expresión se aclara en las líneas siguientes cuando añade: «Cristo llega a ser el monte mismo y la ciudad de los santos que llena toda la tierra». Hipólito identifica la piedra que descende del monte con el Cristo glorioso que viene del cielo, y Éste es el monte que se extiende por toda la tierra como había anunciado el profeta Daniel: «Y la piedra que había golpeado la estatua se convirtió en una gran monte que llenó toda la tierra» (Dn 2, 35). Y este monte que llena toda la tierra es la ciudad de los santos donde reinarán los justos con Cristo durante mil años. Así el reino de los santos levantado por Cristo en su manifestación última es «celeste» en cuanto que el Cristo glorioso viene del cielo, pero este reino es erigido en la tierra como «ciudad de los santos». Aquí podemos ver una alusión implícita a «la ciudad santa, la nueva Jerusalén» de Ap 21, 2, que baja del cielo a la tierra para ser morada de los santos junto con Cristo²⁵. Este reino es el monte y la ciudad de los santos que «no pasará a otro pueblo» que no sea el cristiano²⁶. Por otra parte ¿no hay aquí una alusión velada a la parábola de los malos viñadores (cfr. Mt 21, 33-43)? Las palabras de Hipólito sobre el reino de los santos expresa *a contrario* lo que el Señor dice al final de la parábola, cuando, después de citar el Sal 117, 22-23: «la piedra que desecharon los arquitectos se ha convertido en piedra angular

24. Cfr. A. ORBE, *Teología de San Ireneo*, v. III, p. 81. Sin embargo el término ἐπουράνιον aparece en otra ocasión en el mismo *In Dan.* cuando Hipólito habla del mandato dado por Dios a Moisés: «Como también Dios ordenó a Moisés construir un tabernáculo “según el tipo que le había sido mostrado en la montaña” (cfr. Hb 8, 5; Ex 25, 40). ¿Qué vio, sino las imágenes de las glorias y representaciones celestes? Para imitar a aquel que habría de ser el organismo carnal, es decir, “el tabernáculo hecho de árboles imputribles” (Ex 25, 10), para que la carne apareciera como celeste a los que tienen el conocimiento»: *In Dan.* I, 18, 3. Cfr. M. RICHARD, *Les difficultés d'une édition du Commentaire de S. Hippolyte sur Daniel*, RHT 2 (1972) 5-6. La misma alusión a Hb 8, 5 hará nuestro autor también a propósito del reino de los justos (cfr. *ibid.*, IV, 10, 2, p. 280, 15-16).

25. Hipólito cita en una ocasión Ap 21, 2 en referencia al cuerpo de Cristo resucitado: «Videte novum mysterium perfectum ibi; quia ita sonat et dicit: “Quaerebam eum, et non inveni eum; me invenerunt custodes qui custodiebant civitatem” (Ct 3, 1-3): qui erant qui eam invenerunt, nisi angeli qui sederunt ibi? Et quam civitatem (custodiebant) nisi novam Ierusalem, corpus Christi.? “Invenerunt me custodes qui custodiebant civitatem” (Ct 3, 3); interrogant mulieres hae: “Numquid quem dilexit anima vidisti? illi autem dixerunt: Quem quaeristis? Iesum Nazarenum? Ecce est suscitatus” (Mc 16, 6)»: *In Cant.* 24, 2, p. 45, 2-10.

26. Según la apocalíptica hebrea con la llegada del Mesías se levantará un reino que será entregado al pueblo de Israel. Así lo afirma el *Libro de Henoc* en exégesis a Dn 2, 31-45: «Estos montes que ven tus ojos, el monte de hierro, el de cobre, el de plata, el monte de oro, el de estaño y el de plomo, serán todos ante el Elegido como cera en el fuego y como el agua que baja de arriba sobre estos montes, pues serán débiles ante sus pies»: *Libro de Henoc* 52, 6. Cfr. A. ORBE, *Teología de San Ireneo*, v. III, p. 78.

(...), afirma: «Por eso os digo: Se os quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos» (Mt 21, 43). La parábola iba contra los judíos que habían recibido el encargo de Dios de cuidar la viña hasta su vuelta. Sin embargo los viñadores habían matado a los enviados del dueño y al propio hijo. Los judíos esperaban tener parte en esta viña, sin embargo mataron al Hijo, legítimo heredero; se hicieron merecedores del castigo y les fue quitada la viña. La relación con el pasaje de Hipólito que estamos comentando es doble. Por un lado está la alusión a Cristo como Piedra, en uno como «Piedra que se desprende de la montaña» (Dn 2, 34), en el otro como «Piedra angular» (Sal 117, 22). En segundo lugar la alusión al «reino de Dios» que pasa a otro pueblo, esto es, el nuevo pueblo de Dios extendido por toda la tierra²⁷.

Más adelante nuestro autor vuelve sobre el mismo tema, esta vez unido a la visión de las cuatro bestias del profeta Daniel (cfr. Dn 7, 1-8):

«En efecto dice así: “Estas cuatro bestias son cuatro reinos que se levantarán sobre la tierra y que serán suprimidas; y los santos del Altísimo recibirán el reino y lo poseerán por los siglos de los siglos” (Dn 7, 17-18). Necesariamente cuando las tres bestias hayan pasado y hayan sido reemplazadas, como él ha mostrado más arriba, cuando una sola bestia llegue a su apogeo, y suponiendo que esto sea cambiado, se pondrán fin a las demás cosas terrestres y comenzarán las celestes, para que se muestre el reino de los santos, indestructible y eterno, y de forma clara sea mostrado a todos el rey celeste, no visto en figura como en el monte Sinaí, ni revelado en una columna de nube sobre la montaña, sino con las fuerzas y los ejércitos de los ángeles, Dios encarnado y hombre, Hijo de Dios e Hijo del hombre que viene del cielo para

27. La misma exégesis encontramos en el PseudoBernabé, donde habla del Cristo glorioso como «Piedra angular»: «Y puesto que fue colocado como piedra fuerte que ha de ser destrozada, el profeta dice otra vez: “He aquí que en los cimientos de Sión voy a poner una piedra magnífica, escogida, angular, preciosa” (Is 28, 16). ¿Qué dice después? “El que crea en ella vivirá para siempre” (Is 28, 16; Gn 3, 22). ¿Está, pues, nuestra esperanza en una piedra? De ninguna manera. Pero [dice eso] porque el Señor fortaleció su carne. Pues dice: “Me puse como una piedra dura” (Is 50, 7). Y de nuevo dice el profeta: “La piedra que rechazaron los constructores vino a ser piedra angular” (Sal 117, 22)»: PSEUDOBERNABÉ, *Epístola* 6, 2-4. Lo mismo encontramos en Tertuliano cuando afirma: «“Adnuntiaui enim, inquit, de illo: sicut puerulus, sicut radix in terra sitienti, et non erat ei species neque gloria; et uidi eum, et non habebat speciem neque decorem, sed species eius inhonorata, deficiens citra filios hominum, homo in plaga et sciens ferre infirmitatem” (Is 53, 2-3), scilicet ut positus a patre in lapidem offensionis et “petram scandali” (cfr. Is 8, 14) minoratus ab eo modicum citra angelos, vermem se pronuntias et non hominem, ignominia hominum et abiectio plebis. Quae ignobilitatis argumenta primo aduentui eius competunt, sicut sublimitatis secundo, dum fiet iam non lapis offensionis nec petra scandali, sed lapis summus angularis post reprobationem adsumptus et sublimatus in consummationem “templi, ecclesiae scilicet” (cfr. Sal 117, 22) et petra sane illa apud Daniele de monte praecisa, quae imaginem saecularium regnorum comminuet et conteret»: TERTULIANO, *Adversus Iudaeos* 14, 2-3. Cfr. A. ORBE, *Parábolas evangélicas en San Ireneo*, v. I, Madrid 1972, pp. 232-233.

28. *In Dan.* IV, 10, 1-3, p. 280, 6-28.

juzgar. Éste convertirá todos los reinos del mundo y trillará y aventará, esparcirá a estos como la ceniza que vuela por un viento de verano (cfr. Dn 2, 35) y dará el reino a los santos del Altísimo, “reuniendo el trigo para su granero y quemando la paja en un fuego inextinguible” (Lc 3, 17)²⁸.

Nos interesa destacar aquí las últimas palabras que el ángel dirige al profeta Daniel: «los santos del Altísimo recibirán el reino y lo poseerán por los siglos de los siglos» (Dn 7, 18). Cuando las tres bestias que ha contemplado el profeta, esto es, el reino Babilonio, el Persa y el Griego, hayan sido derribadas, sólo quedará una cuarta bestia, el Imperio romano. Entonces la historia de los hombres llegará a su fin, cesan las cosas terrestres para dar paso a las celestes, es decir, la manifestación del reino de los santos. Un reino que es indestructible y eterno, no como los reinos de este mundo que se suceden unos a otros y ninguno permanece. Aparecerá entonces el rey celeste, el Cristo glorioso con todo el poder que el Padre le ha entregado y el ejército de los ángeles²⁹.

Cuando el Cristo aparezca en su manifestación última ya no será visto por medio de una imagen. Así sucedió en otro tiempo cuando se manifestó a Moisés en el monte Sinaí (cfr. Hb 8, 5), ni se muestra en una nube sobre la montaña (Ex 19, 20). Hipólito hace referencia a las teofanías del Antiguo Testamento, por las cuales el Logos manifestaba el querer paterno y anunciaba su futura manifestación al final de los tiempos. Esto, que en aquel tiempo anunciaba la futura encarnación del Verbo, ahora se cumple de forma perfecta al final de la historia, cuando el Verbo encarnado, revestido de gloria e inmortalidad se manifiesta a los hombres como Hijo de Dios e Hijo del Hombre³⁰. Éste viene con poder y con el ejército de los ángeles para juzgar. Después de los mil años del reinado de Cristo junto con los santos vendrá el Juicio. El Salvador «trillará y aventará, esparcirá a éstos como la ceniza que vuela por un viento de verano». Hipólito alude a Dn 2, 35 cuando habla del Cristo glorioso como la piedra que destruye la estatua que representa a los reinos de la tierra, y esparce las partes de la estatua y son arrebatadas como por un viento de verano³¹. Así «reunirá el trigo en el granero y la paja será quemada en un fuego inextinguible» (Lc 3, 17). Hipólito emplea las palabras que Juan el Bautista dirigía a sus oyentes para anunciarles la llegada del Cristo, el cual bautizaría en agua y Espíritu Santo (cfr. Lc 3, 15-16). Esto mismo le sirve a nuestro comentarista-

29. Cfr. *In Dan.* IV, 11, 3, p. 282, 22-27; IV, 52, 4, pp. 370, 30-372, 4.

30. «Es posible entender también aquí la venida futura del Señor. Pues aquel que, sobre el monte Sinaí se apareció a Moisés (cfr. Ex 19, 20), éste mismo vendrá con los ángeles y salvará a los santos de sus enemigos, perseguidores y opresores, perdonando a éstos que así habían esperado en él»: *Ben. Mos.* p. 130, 6-9. Cfr. A. ZANI, *La Cristologia di Ippolito*, p. 195.

31. Cfr. *In Dan.* II, 7, p. 136, 28-29.

ta para hablar de la última venida del Salvador. Éste recogerá el trigo, es decir, aquellos que han creído en Él y están inscritos en el Libro de la Vida para introducirlos en el granero, esto es, en la casa del Padre; y echará la paja al fuego inextinguible, la muerte segunda, donde irá el Anticristo junto con todos aquellos que se han unido a él.

Podemos concluir afirmando que Hipólito es parco en palabras y en ocasiones dice más por lo que calla que por lo que afirma. Es cierto que no encontramos en nuestro autor un esquema milenarista bien definido como podría encontrarse en Ireneo de Lión, sin embargo no por ello podemos pensar que en la mente de Hipólito no hay un claro pensamiento milenarista. La clave de comprensión está en la afirmación de las dos resurrecciones, aquella que es para los justos que resucitarán con la manifestación del Cristo glorioso, y una segunda destinada al Juicio y al castigo eterno del Anticristo y de todos aquellos que se unieron a él. Unos resucitarán con cuerpos puros y resplandecientes como el Cristo resucitado, y otros con cuerpos sólo aptos para el castigo eterno. Éstos irán al fuego eterno, la muerte segunda será destinada al Anticristo y los suyos. Sin embargo los santos, que han sido inscritos en el Libro de la Vida, participarán en la «primera resurrección» y tendrán parte en el reino junto con Cristo durante mil años, al final de los cuales entrarán a participar en la alabanza al Padre.

«Después de la destrucción de Satán y después de que hayan perecido con él sus fuerzas y haya sido quitada de la tierra la iniquidad, “se establecerá Israel, una parte, sobre la tierra de Jacob” (Dt 33, 28). Entonces todos los santos reinarán con Cristo (cfr. Ap 20, 4. 6). (...) Ellos (los santos), en adelante, nunca más tendrán miedo a la muerte, pues no tendrán la gloria en los alimentos corruptibles y no tendrán preocupaciones terrenas, ni estarán oprimidos por el viento ardiente ni por el gélido invierno, y no tienen que cultivar más la tierra ni comer a precio de fatiga y con el sudor de su frente (cfr. Gn 3, 19). En efecto, no se habla más de pecado. ¡Finalizaron las concupiscencias! ¡Ha sido aplastado el Seductor! (cfr. Gn 3, 15) ¡Suprimido el Tirano! ¡Muerta la pérfida serpiente! (cfr. Gn 3, 1). Han sido liberadas las criaturas, ha sido abierto el gran Paraíso de las delicias. Bendecido todo árbol del desierto (cfr. Is 41, 19). La tierra, repleta de frutos, permanece incorruptible, y no hay corrupción por los cambios de las estaciones, ni abatidos por la violencia del viento ardiente, ni empapados por las lluvias y por los vientos intempestivos. Pues esta creación ha sido liberada de la servidumbre de la corrupción (cfr. Rm 8, 21). Los ángeles, los hombres y todos los frutos que están en ella bendicen a Dios por el Espíritu que ha dado la vida (cfr. Gn 1, 3), y en virtud de esta bendición llevan sus

32. *Ben. Mos.*, pp. 196, 8-199, 5. Cfr. E. PRINZIVALLI, *Due passi escatologici del «Peri pantos» di Ippolito*, *VetChr* 16 (1979) 68-71.

frutos. Entonces los santos, por haber comido del Pan de la vida incorruptible y haber bebido la bebida inmortal, constituidos por el Logos como ángeles espirituales, en concierto con toda la creación, bendicen incesantemente, glorifican con una alabanza perfecta al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos»³².